

LA HIJA DE MINERVA

Alcalá de Henares, año del Señor de 1522

Padre cazaba palabras como si fueran mariposas. Pobres de las que cayeran en su poder porque las pinchaba con un alfiler en la pared y luego les abría el vientre para ver qué había dentro. Quería saber qué se escondía en sus vísceras y cuánto polvo y suciedad se habían acumulado con los siglos. Muchos dirán que padre ha sido un simple anatomista de palabras, pero lo único que pretendió toda su vida fue buscar la verdad, como hacen los médicos que quieren conocer la razón de todas las enfermedades que pudren los cuerpos. Por eso quisieran abrirlos para ver qué hay dentro, aunque la ley de Dios condene esa curiosidad como si fuera pecado.

Recuerdo aquellas palabras destripadas y a padre asomado para descubrir la misteriosa red que unía a una palabra con una cosa. Después de cazadas hallaba su pasado antiquísimo y cuánto habían mudado de piel con el tiempo. Luego se dirigía a su escritorio, mojaba la pluma y anotaba la historia pretérita de aquella mariposa nombrada. Así compuso su famoso diccionario, ese vocabulario en el que había cazado miles de palabras del latín y también de nuestra lengua castellana para enfrentarlas como en un espejo y que así se descubriera qué designaban y qué cosas las unían. Porque padre encontró el puente que enlazaba el latín de Cicerón con nuestra lengua de Castilla, que así la ha hecho la más gloriosa de todas, a pesar de ser habla vulgar. Padre cazó las

mariposas de nuestra lengua y las sacrificó luego, pero para hallarles el alma y darles luego vida eterna y gloria. Dios lo guarde muchos años.

Ya casi me suena a campana tañida la de la iglesia de San Ildefonso. Es donde padre quiere descansar para siempre porque allí yace su buen amigo, el cardenal Cisneros, que Dios le haya dado buen galardón. El hombre que lo salvó de la cárcel y quién sabe si de la hoguera cuando la Inquisición incautó sus comentarios sobre la Biblia e inició un proceso contra él.

Suena el tañido a duelo, a muerte, a sepulcro, dice padre, pero yo creo que sólo son cosas de viejo. Y miedo al olvido. Ya ha mucho que perdió casi la vista y yo tengo que leerle los papeles. También le tiemblan las manos y apenas puede escribir, por eso se enfada y sale con cajas destempladas de su estudio. Yo le cumplo en esa misión y me dedico con paciencia a escribir lo que él me dicta. Lo hago con sumo cuidado y atención porque sé que estoy escuchando las palabras de un sabio, y que lo que escriba es asunto que servirá al porvenir y que leerán los que aún no han nacido.

Padre dice que escribo lenta, pero es por el mucho celo que pongo en esta tarea, que yo sé que tiene algo de misión sagrada. Y no es que quiera colocar el nombre de mi padre en la misma gloria de los varones santos, pues es hombre de mal carácter y de genio. Pero sí que guardo en mi alma la sospecha de que será recordado por los siglos, como los elegidos y tocados por el dedo de Dios.

Ya suena la campana de San Ildefonso anunciando la hora de prima. Hace rato que padre está esperando en su aposento, que lo oigo dar vueltas de un lado a otro, impaciente por no llegar tarde a la Universidad. Tendré que ver si va vestido con decencia porque por su torpeza de anciano no acierta a colocarse el bonete. Y en más de una ocasión

salió a la calle con la loba puesta del revés, provocando la chanza de los estudiantes.

Ya voy, padre. Ya voy... No os impacientéis, que no amanecerá antes porque vayáis con prisas. Ya voy, ya voy, que soy mujer de tocas doñiles, y si no anciana, sí mujer madura. El cabello lo tengo ya un poco nevado y no menstruo desde el otoño pasado. Soy eso que desprecia la gente, una hembra mañera, pues se me pasaron los años sin haberos dado criatura que pudiera llamaros abuelo. Y no me culpéis por eso porque supisteis bien pronto que vuestra hija Francisca era llamada para otras cosas. No para labrar camisas, ni cuidar el fuego, ni aderezar guisos, ni criar hijos sino para las cosas de letras. Lo mismo que vos, que en esto se nota que soy vuestra verdadera hija, aunque otros tanto dudaran de que lo fuera.

Y sé que por esto habéis sufrido, digo por lo de que no es cosa de fortuna que una hija sea soltera, y más una soltera como soy yo. No una de las que se dedican a cuidar altares y visitar a otras comadres beatas, pues no tienen otro entretenimiento en sus vidas, sino una soltera que no quiso ser ni casada ni viuda, ni monja ni doncella. Una soltera de las que dicen de «estar suelta», porque es mujer de no estar atada a hombre, que bien sabéis cuál es el significado de esa palabra. Pero sé que esa naturaleza de mujeres solas recibe la misma condena que las cortesanas, rameras, cantoneras y rabizas. Aunque sea mujer de casa, mas no compañera de la rueca sino amiga de libros y hasta de pluma, que es el gran peligro, según dicen.

Que quiso padre, viendo mi afición a la lectura, que desde muy niña aprendiera a leer y a escribir y que anotara las cosas que se me pasaran por la mente. Por eso hago ahora esto de escribir lo que pienso y relatar las cosas que me han sucedido. Y que guardara palabras y que las cazara como

hacía él, que en eso consistieron mis juegos de infancia. Y luego, más que ser devota y labrar camisas, quise yo hilar mi propia vida y así terminé siendo una beata, pero de libros, como me llaman las malas gentes que no entienden que quieran las mujeres leer y ser doctas.

Ya voy, padre, ya voy... No seáis impaciente, que estoy subiendo la escalera y ya llego a vuestro aposento. No temáis, que cumpliré llevándoos a vuestra cátedra a la hora de prima como tenemos acordado. Y ya tengo guardados los papeles de la lección, que sé que estuvisteis hasta tarde repasándola. Lo sé, padre, sé que escribís la lección porque no os fiáis de vuestra memoria de anciano. Aunque digáis que la escribís para darla luego a los moldes y que así quede para siempre. Yo sé que tenéis miedo de que se os olviden los argumentos. Y también las palabras. Que vuestros muchos años han hecho que no tengáis ya presteza y rapidez en cazarlas. Así andan sueltas y libres por vuestro estudio, huyendo por las ventanas de casa en esta villa del Henares, donde decís que estará vuestra sepultura.

Sé que tembláis cuando una palabra se os escapa sin que recordéis su nombre ni a qué cosa alude. Y que luego, vencido y furioso por la vejez, gritáis que más vale que llegue la muerte antes que asistir a mayor sucesión de pérdidas, que primero fue el quebranto de los dolores de huesos, luego la vista y ahora el temblor. Pues ya conocen todos los vecinos de esta calle la frase que se os ha metido en la sesera: que cuando los relojes están quebrados, más vale fundirlos y hacerlos de nuevo.

Perded cuidado, padre, que tengo ya guardado el cartapacio con la lección que hoy daréis en vuestra cátedra de Retórica de la Universidad de Alcalá que por vos es llamada templo del pensamiento. Y que será reconocida por los tiempos que están por venir como la ciudad que fue refugio de

Elio Antonio de Nebrija, el humanista que trajo la latinidad a España. El sabio que acabó con los bárbaros que habían corrompido la lengua de la antigüedad. El maestro que enseñó en Salamanca. Mal destino le aguarde a ese lugar del demonio que tan mal se portó con vos.

Perdonadme si os he mencionado esa ciudad que Dios confunda. Aguardad, no seáis impaciente. Aquí está vuestra lección. Y todas las palabras cazadas con su alfilerito clavado en el corazón. Para que no se os pierda ninguna, padre.

I

ITALIA, EN LAS CORTES DEL RENACIMIENTO

UN PASEO POR LOS FOROS

Roma, año de 1465

Habían encontrado el cadáver de una joven muerta hacía siglos. Decían que tenía los cabellos dorados y la piel como el mármol, los ojos amarillos casi felinos. Y dentro de la boca rosa llevaba una moneda. Antonio había escuchado el suceso en el mercado y andaba Roma alborozada y dispersa. La noticia del hallazgo del cuerpo incorrupto en los antiguos foros se difundió por toda la ciudad. Los rumores referían que la joven era una virgen vestal, enterrada viva por no haber cumplido con el mandato de la castidad. Y decían esto porque la tumba no estaba lejos de la casa donde habitaron las antiguas sacerdotisas en los tiempos antiguos.

Antonio había llegado la jornada anterior a Roma después de partir en barco desde el puerto de Barcelona. La travesía había sido peligrosa porque les había sorprendido una tormenta seca y furiosa que a punto estuvo de hundir la galera. El joven aún sentía pavor al recordar esos momentos, porque cuando creía que la nave iba a zozobrar pensó en lo errado de su viaje. Qué diablos hacía en medio del mar, navegando a una tierra lejana, abandonando sus estudios en Salamanca, olvidando a sus padres que a esa hora estarían cenando junto a la lumbre en su querido pueblo, Lebrija, a doce leguas de la gran Sevilla.

«Hijo mío, maese Rodrigo nos ha anunciado vuestro viaje a Italia. ¿Por qué os marcháis de Salamanca? ¿Volveréis pronto, Antonio, hijo querido?» Fueron las frases de doña

Catalina en aquella carta que conservaba junto a su pecho. Las palabras de su madre a la que tanto echaba de menos. Pero sabía que era preciso huir de la barbarie y viajar hasta el corazón de las letras latinas, al lugar en el que se podía aprender sin que las palabras estuvieran llenas de barro y polvo.

El joven Antonio Martínez de Cala y Jarana quería aprender la pureza verdadera del latín en Italia. Por eso había abandonado Salamanca para estudiar en la Universidad de Bolonia. En las aulas salmantinas había descubierto que los catedráticos sabían mucho, pero no sabían decir, porque explicaban las lecciones en un latín corrupto. No soportaba ese latín lleno de remiendos, de palabras viejas y podridas que parecían caminar con muletas y miembros contrahechos. Y es que los catedráticos de Salamanca tenían la maldita costumbre de romancear, de mezclar palabras castellanas con las latinas, hablando una lengua aberrante y monstruosa que no tenía sentido. Muy pronto se dio cuenta de que debía marcharse y aprender el latín donde permanecía puro, desde el lugar en el que había nacido la que ahora era la lengua de los sabios. Antonio había decidido establecerse unos años en Italia dedicado a aprender a conciencia la lengua de Cicerón y luego tornaría a su tierra decidido a renovar los estudios latinos.

Aún le duraba el miedo que pasó en el barco en mitad de la tormenta. Y también la inquietud de pensar que se habían torcido las cosas para este muchacho soberbio y engreído que había despreciado el saber de los maestros. Incluso intuía su muerte en el mismo mar de los latinos, el Mediterráneo que cantaron los clásicos. Y sintió gran dolor de morir tan joven sin haber cumplido con su aventura, sin haber gozado de la vida, sin llegar a saber todo lo que pretendía su curiosidad intelectual. Sin embargo, ni siquiera el relámpago que a

punto estuvo de quebrar el mástil de la nave lo hizo agarrarse al refugio de la oración. Era hombre temeroso de Dios, pero pensaba que el creador no podía ocuparse de todas sus criaturas y todo lo que les ocurría. Y, por lo tanto, nada podría hacer si aquella tormenta torcía los planes de su vida. Si tenía que morir, moriría, pero no rezaría para salvar su vida. No quería distraer a Dios de asuntos más serios. Así que más que al cielo invocó a la memoria de los sabios que tenía por héroes para que lo salvaran y pudiera convertirse en uno de ellos.

Y allí estaba, a salvo en Roma, la ciudad en la que había comenzado su viaje por Italia, su aventura de caballero del saber. No podía creer que sus pies hollaran ahora el antiguo foro. Había soñado tantas veces en recorrerlo al atardecer, cuando decían que el sol volvía rosados los mármoles olvidados. Pretendía pasear solo entre aquellas ruinas, pero se topó con un inesperado gentío que de seguro iba a visitar el prodigio de la difunta. Él, que buscaba el silencio de las piedras muertas, se encontró con una escena típica de mercado. Pero a fin de cuentas eso era Roma: la exquisita belleza de un verso de Virgilio, pero también una ruda gresca entre comadres.

Antonio vio que la multitud se dirigía a las ruinas del antiguo foro, en la zona que llamaban el camino bovino porque desde tiempo inmemorial se había convertido en un campo donde pastaban las cabras. La gente se agolpaba junto a las ruinas del templo de Vesta, el lugar donde unos niños que buscaban monedas antiguas habían hallado el cuerpo. Antonio se había colocado en una zona alta que le permitía contemplar la escena con claridad. De pronto creyó oír una letanía. Unas mujeres encendieron antorchas y formaron una hilera de luces. Cuatro mozos colocaron el cuerpo de la muchacha sobre unas andas y lo levantaron

provocando que la multitud aplaudiera emocionada. Ordenadamente marcharon por el camino del foro, sorteando las ruinas y malezas y llevando a la joven romana como si fuera una Madonna en procesión. Antonio vio que la muchacha tenía la melena rubia, aunque le pareció que más que cabellos eran hilos dorados. Y, en realidad, el rostro blanquísimo sugería una máscara como de mármol que quizás ocultara la verdadera faz de la muerte.

¿Quién sería aquella mujer?

Antonio pensó que, más que una doncella romana, sería una dama de tiempos recientes. Quizás por eso permanecía incorrupta. ¿Y si era una joven ultrajada por uno de los borrachos que se ocultaban para dormir entre las ruinas? Seguro que la habían enterrado precipitadamente y por eso la hallaron con facilidad los pequeños buscadores de monedas. No se podía explicar de otro modo esa extraña tumba en un lugar que no era un camposanto. Además, si hubiera sido una dama de la antigua Roma, el cuerpo habría sido incinerado y las cenizas guardadas en una urna, tal y como dictaban las costumbres de aquella época. Aunque tal vez el rumor que se había extendido entre la plebe tuviera algo de lógica y se trataba de una virgen vestal que no pudo evitar la atracción de la lujuria y fue condenada a ser enterrada viva junto al templo de su divinidad. Pero, entonces, ¿por qué aquel cadáver encerraba tanta hermosura y serenidad? ¿Dónde estaban las huellas del sufrimiento ante semejante martirio? ¿Era el inevitable triunfo de la belleza?

Al ver las antorchas alumbrando la figura, Antonio recordó una escena vivida en su infancia en Lebrija. La estatua de la diosa Venus transportada entre candiles después de ser hallada cerca de El Fontanal donde la tradición decía que Baco había fundado Lebrija, la antigua *Nebrissa Veneria*. Nunca pudo olvidar aquel cortejo fantasmal en mitad de la

noche. Unos hombres sacaron de la tierra a la muñeca de mármol, como llamaron a la diosa romana, y la llevaron en hombros alumbrada con antorchas. Justo como ahora ocurría con la joven difunta.

Y lo curioso es que, sin saberlo, aquella estatua antigua había formado parte de sus juegos infantiles allí en la zona del Fontanal. En cuántas ocasiones había pisado una piedra blanquísima que sobresalía de la tierra cada vez que llovía demasiado y el agua corría por el camino arrastrando guijarros y barro a su paso. El niño Antonio saltaba sobre la piedra. Una vez con cada pie. Le fascinaba esa piedra blanca y pulida que brillaba y que siempre intentaba desenterrar sin conseguirlo. Hasta que llegó aquel adviento del año del Señor de 1452 en el que llovió tanto que Lebrija se inundó. Al retirarse las aguas vieron cómo asomaba bajo la tierra la mitad del cuerpo de una mujer de mármol blanquísimo salvo en aquel trozo que quedaba a veces a la intemperie y sobre el que jugaba a saltar Antonio. Un fragmento que resultó ser el delicado seno de la diosa. Cuántos sueños en torno a ese pecho de mármol de su infancia.

Poco a poco la multitud se fue alejando con la joven en procesión por el camino de las cabras. Los Foros parecían ahora suspendidos en un viscoso silencio. Antonio advirtió un vago olor a violetas y resinas y pensó que quizás lo desprendía la joven muerta, ese aroma de santidad del que hablaban los rumores del prodigio. Pero lo descartó pronto por absurdo. Mientras caminaba por las ruinas el viento agitó las copas de los cipreses y los matorrales de laureles que aparecían entre las piedras. Y surgiendo en medio del denso silencio creyó escuchar el rumor de una ciudad, de una ciudad verdaderamente viva. Sugestionado por el perfil de los templos derruidos y el viento rescatando sonidos del pasado, Antonio vio pasar a su lado a mujeres cargadas con

ánforas, vendedores voceando mercancías, artesanos cantando en las puertas de sus tiendas, damas tocadas camino del templo, patricios hablando sobre negocios. Percibió el olor del vino que salía de una taberna, las risas en un lupanar y el temblor de luz de una hornacina donde se veneraban las estatuas de terracota de los dioses lares. Oyó hasta el sonido de las cloacas, el agua de las fuentes, los ríos de las letrinas. El vientre de una ciudad. Una ciudad cuya vida se le aparecía por efecto de su delirante imaginación, sus muchas lecturas y una pasión febril por la antigüedad. En realidad, el rumor sordo que llegaba era el que procedía de la Roma actual, cuyo sonido reverberaba en este lugar deshabitado creando extraños ecos sobre las viejas piedras.

Antonio se encaminó hacia un gran arco triunfal que el tiempo casi había enterrado. Todas aquellas ruinas estaban en realidad a punto de desaparecer. Pronto, en apenas un siglo, el barro y las malezas habrían cubierto todo porque a nadie importaban aquellos restos del pasado. Temió el joven que las ruinas quedaran ocultas y olvidadas de la memoria de los hombres, pero más temor tuvo de que el mármol sirviera para cebar hornos de cal, triste destino para aquel tiempo feliz del conocimiento. Y sintió que, a pesar de la dureza de las piedras y sus virtudes de permanencia, eran las palabras las que podían gozar del favor de la inmortalidad. Las palabras de aquellos hombres desaparecidos podrían salvarse, no así las piedras de sus templos. Y le pareció que éste era un argumento que confirmaba lo glorioso de su oficio: su labor como gramático, cuidador de palabras, maestro del lenguaje. Ese oficio de las letras que era tan menospreciado que incluso le había obligado a engañar a los suyos asegurando que viajaba a Bolonia para hacer estudios de Teología. Y desde luego que sí que haría algo en verdad divino, pues ¿no era una misión sagrada salvar aquella memoria

rescatándola con sus viejas palabras? Con esas palabras latinas podría seguir contándose el relato del pasado, aunque los ignorantes del presente se empeñaran en olvidarlo. Bien sabía que los antiguos dioses eran pasto de la desmemoria, pero no así las palabras que sirvieron para rezarles. ¿Quién podría decir que eso no era una tarea sagrada?

El joven recordó que no muy lejos de allí había tenido lugar una escena espantosa: la exhibición de la cabeza y las manos de Cicerón ajusticiado por su enemigo Marco Antonio. Los restos habían sido expuestos en la tribuna de oradores desde la que Cicerón lanzaba sus contundentes discursos, aquellos ejercicios de retórica que habían admirado en su tiempo y que siglos después seguían fascinando a los sabios. Así era la hermosa Roma: la civilización de los tiranos, la exquisita sabiduría que dormía sobre sábanas impregnadas de sangre, la cuidada retórica de los puñales, la elocuencia para discursos en los que se declaraba la guerra.

Antonio tenía veneración por Cicerón, San Cicerón, como lo llamaba entre algunos buenos amigos cómplices de aquella extraña idolatría. Por Cicerón había venido a Italia, para llenarse de su espíritu y conocer todos los secretos de la lengua latina. Y ahora estaba allí donde aún podía escucharse el eco de su voz. Sin embargo, un escalofrío recorrió su espalda al recordar la escena en la que Fulvia, la esposa de Marco Antonio, tomó la cabeza del sabio político y atravesó la divina lengua con una horquilla de su cabello.

Suspiró y continuó caminando por los Foros, aunque era hora de marcharse porque no era lugar para pasear por la noche. Siguió pensando en el destino terrible de Cicerón y en cómo haría para llevar a España toda la hermosa elocuencia de aquel sabio del pasado y restituir el arte del buen decir. Estaba feliz pensando en cuánto aprendería en estos años italianos para luego tornar a su tierra y acabar con la

lengua de los bárbaros que ocupaban las cátedras de Salamanca. Él era un hombre elegido para esa sagrada misión: el gran Antonio Martínez de Cala y Jarana, que evangelizaría a los ignorantes con la palabra venerada del latín. Ese latín que conocía bien porque lo había estudiado de niño en la Bética, que según Estrabón había sido la primera y más pura provincia romana.

Y entonces, mientras las sombras caían sobre el silencio espectral de los mármoles, recordó a su maestro, maese Rodrigo, y aquella joven de la que se había enamorado al leer su epitafio en una lápida: Cornelia, la de los ojos hermosos, la instruida por las Musas...